

ESTILOS DE PATRIOTISMO

El patriotismo es un sentimiento muy antiguo que, en algunos países, vive hoy sus horas bajas. Hay épocas en las que un determinado concepto o, si se quiere, una idea-fuerza, es objeto de sobreestimación hasta convertirse en tópico; mientras que en otros periodos de tiempo ese mismo concepto está como aletargado y parece como si sobre él se extendiera un velo de pudor. Esto último ocurre en la actualidad con el patriotismo; ese noble sentimiento -esa virtud- que une al hombre con la comunidad en que ha nacido, o se ha formado, por un vínculo de fidelidad. Hay, sin embargo, muchas ambigüedades en la definición de ese sentimiento que nunca está totalmente exento - como la mayor parte de los afectos humanos- de un cierto matiz de egoísmo, ya que solemos amar lo que amamos por el hecho de ser nuestro y por la idea, a veces subconsciente, de que el bien de lo que amamos implica nuestro propio bien. En ocasiones ese matiz cobra una importancia desmesurada y unilateral, llegando a dar a la palabra «nuestro» una acepción patrimonial, bajo cuya influencia se producen en alguna ocasión y medida transmutaciones del patrimonio nacional al privado.

Cuando el patriotismo, o afecto a la patria -como el afecto a la familia o a los amigos-, se vive con normalidad, sabemos que tales cosas -patria, familia, amigos- son nuestras porque también somos suyos. Nos dan y nos piden. Nos pertenecen y les pertenecemos. Favorecen nuestra vida pero a cambio de que también nuestra vida se deba a ellos y les sirva o favorezca. De ahí que pueda haber desde un patriotismo heroico a un patriotismo mezquino. En este último exigimos que la patria sea como nos conviene, aunque ella sufra menoscabo. Así muchos aman a la patria como el propietario a su heredad. Mientras que en el primero -en el patriotismo heroico- se está siempre dispuesto a sacrificar nuestro bien personal -y hasta nuestra vida- para que la patria sea como debe ser, sea la mejor patria posible.

Ahora bien, la patria no es la misma cosa para todos, ni su mayor bien es para todos lo mismo. Para muchas personas la patria es una especie de abstracción ideal que se define por algunas de las formas que ha adoptado en la Historia; por las creencias que alguna vez han dominado en ella, o por los sistemas políticos que se entiende le fueron, o le serian, más favorables. Para estas personas no cuenta gran cosa el hecho de que la patria es un grupo humano, un conjunto de hombres convivientes en un determinado espacio, o que han vivido sucesivamente en el tiempo, siendo la patria un vínculo favorable o desfavorable para esa convivencia o para esa sucesión.

Para otros, en cambio, sólo el grupo humano considerado en su presente merece el nombre de patria. Ello determina formas de patriotismo diversas: en los extremos de esa gama de formas podríamos situar a un tradicionalismo puro para quien todo lo que no fuera el mantenimiento del modelo de su predilección -digamos la España imperial- es «antipatria», o los socialistas extremos para los cuales toda idea de patria que no se identifique con la sociedad sin clases de sus sueños es la máscara de una opresión y, por lo tanto, también una «antipatria». Parece aconsejable ser un poco más moderados que unos y otros y más realistas.

La patria es un depósito de cosas y valores que unen porque son comunes, que se ha ido constituyendo en la Historia y que aspiran no tanto a permanecer como a

perfeccionarse y ello a favor del grupo humano -irreducible a abstracción- en que la patria consiste; y que componen, como se ha dicho más de una vez, antepasados, contemporáneos y descendientes. Un patriotismo genuino exige una disposición de servicio y hasta de sacrificio -efectivos, no verbalistas- a favor de la continuidad perfecta del grupo humano que es la patria. La patria no es de una generación, ni mucho menos patrimonio del grupo -personas o instituciones- que la dominen. La patria somos todos, es de todos y todos somos de ella. Pero la fidelidad a la patria -puesto que el hombre es un ser moral- no puede, sin embargo, ser ajena a la voluntad de hacer imperar en ella unos valores éticos, ya sean permanentes y generales como la paz, la libertad y la justicia, ya circunstanciales y concretos como el prestigio o la prosperidad.

Lo que desde luego no tiene nada que ver con el patriotismo son, por una parte, el sentimiento de posesión y de dominio patrimoniales -como ya se ha dicho- y, por otra, el fanatismo de la identificación de la patria con una ideología históricamente perocedera -todas lo son- y, tampoco, con la recitación de estereotipos verbales y declamatorios, esto es, con una retórica, tantas veces falsa, pobre y ramplona. El patriotismo no es una retórica, es una conducta: generosa, valiente y responsable, sin osadías. Porque un patriotismo gesticulante, maniobrero, agualdrapado y tópico, aun en el caso de manifestarse de buena fe, es siempre sospechoso de inautenticidad o, al menos, de superficialidad, cuando no es, como tantas veces sucede, tapujo de cinismos.

Los estilos de patriotismo dependen muchas veces del tipo de régimen o sistema en que se producen; y otras del carácter o índole de las personas que lo ejercen o proclaman. La diferencia estilística entre el severo **Carlos V** y el pomposo **Francisco I** -a quien no se le puede negar patriotismo- «en el punto en que los pintó el Tiziano» (los dos retratos se conservan; si no me confundo, en la Pinacoteca de Munich) puede ser más una cuestión de gusto que de actitud ante la patrias respectivas. Pero en términos generales hay que pensar que es acertado el juicio que prefiere los estilos de patriotismo sobrio y de verdadera entrega.



En la ostentación, en la proliferación de «cadenas y joyeles», puede haber sólo amaneramiento, pero siempre se sospecha algo más. Al estilo despojado de

pomposidades -casi ascético- suele corresponder una actitud más exigente por la moral pública y a favor de ella. No negaremos que también en la sobriedad puede haber amaneramiento y narcisismo, pero, en general, aparte de ser más elegante, inspira más confianza como signo de mayor abnegación; de un patriotismo de mejor ley, si del ejercicio de la función pública se trata.

(ABC, 15 noviembre 1977)

NOTA:

Hoy, tres años después de publicado este artículo, ¡qué lejos queda todavía la tierra prometida y por tantos esperada algunos años antes!

El sentimiento de posesión y dominio patrimoniales cubre extenso campo. El fanatismo de identificar la patria con ideologías siempre discutibles -y al fin percederas- y con parciales intereses, tienen presencia muy visible en el ámbito nacional. Y la retórica pobre, demagógica y ramplona, golpea fuertemente el país.

La sobriedad, el estilo del patriotismo, ha sido en España una realidad, si no compartida por todos si generalmente aceptada. Pero esa línea se ha venido quebrando en grade superlativo. La aflictiva situación económica en que nos desenvolvemos debería imponer un comportamiento público y privado, impregnado no ya de sobriedad sino de austeridad. *Por el contrario, el peculado y la corrupción por una parte, el despilfarro, el consumismo y el abusa en el gasto innecesario por otra, ofrecen un cuadro deplorable.* Y son males que si no se atajan pronto nos llevarían a un callejón sin salida.

Viajes, asambleas, comidas de trabajo y otras actividades semejantes, que menudean en el mundo institucional y en el de los grupos políticos y sindicales, muchas veces reducidos a los exiguos límites de una tertulia o de una reunión familiar (cuyos asistentes, a veces, no pasan de la enumeración parentelar encerrada en una esquila funeraria) constituyen nefastos ejemplos para todas las clases sociales adormecidas o entontecidas en un clima de sarao o de verbena bulliciosa.

Pero lo más triste de esta sombra que se extiende sobre el sentido patriótico es la insensibilidad con que se acoge la granjería ilícita y el soborno más o menos encubierto. «Cuando todo está más caro, los hombres están más baratos.» (Benavente.)